



LA RAZÓN  
DE LOS  
LOCOS

ANA MORENO-ALCÁZAR

# LA RAZÓN DE LOS LO- COS

Ana Moreno-Alcázar

*Para Martina, la razón de mi locura.*

*Siempre hay un poco de locura en  
el amor, pero siempre hay un  
poco de razón en la locura.*

Friedrich Nietzsche

*Y una vez que la tormenta termine,  
no recordarás cómo lo lograste,  
cómo sobreviviste.  
Ni siquiera estarás seguro si la tormenta  
ha terminado realmente.  
Pero una cosa sí es segura.  
Cuando salgas de esa tormenta, no serás  
la misma persona que entró en ella.*

Haruki Murakami

—¡No, por favor, suéltame! —la voz de Lucía se ahogó en un llanto desesperado mientras luchaba con todas sus fuerzas por liberarse de los brazos del enfermero corpulento que la retenía, y miraba con ojos de decepción a Claudia y Andrea, que aguardaban cogidas de la mano observando con gran incredulidad el inquietante espectáculo que estaba teniendo lugar en el pequeño despacho del servicio de urgencias del Hospital Universitario de Barcelona.

—Sujétala más fuerte —ordenó el médico de guardia mientras con gran habilidad abrió los cajones del armario y preparó un inyectable.

De pronto un dolor punzante y localizado le penetró en el brazo a Lucía, resultado de la afilada aguja de acero. Se sentía tan confundida... Los pensamientos de su cabeza no hacían más que repetirse y sucederse unos detrás de otros a toda velocidad, como si se tratase de una película fotográfica de las últimas horas vividas esa tarde de invierno con el único objetivo de encontrar un poco de sentido a todo lo que estaba sucediendo. Hacía tan solo unas horas estaba acurrucada sobre su cama, y ahora se encontraba luchando por su dignidad mental en el despacho del doctor Lana, sujeta, en contra de su voluntad, por un enfermero que hacía más bien las veces de gorila de discoteca.

—¡Ya está! En unos minutos empezará a hacerle efecto la medicación —dijo el facultativo mientras se quitaba los guantes de látex y los lanzaba con decisión a la basura—. Ahora, si me disculpáis, debo hacer una llamada telefónica. Os rogaría que salierais a la sala de espera, por favor.

—¿Y qué pasa con Lucía, doctor? —preguntó Andrea.

—Tranquila, se quedará aquí hasta que esté todo dispuesto.

Las dos jóvenes se pusieron en pie y con pasos presurosos se dirigieron hacia la puerta que el médico ya soste-

nía para facilitarles el paso. El último en salir fue el portentoso auxiliar, después de asegurarse de que Lucía se encontraba más sosegada. Cuando la puerta se cerró, un inquietante silencio invadió la habitación. Ya no quedaba nada de las voces exaltadas y la agitación acaecida hacía unos minutos, ni tan siquiera los pensamientos que discurrían por su cabeza aceleradamente hacían acto de presencia. Todo estaba sumido en una absoluta calma. Aceptar que nada de lo que dijera o hiciera en adelante iba a tenerse en consideración la sumió en un agónico desespero. Estaba claro que había perdido, que había sido una presa fácil de aquel engaño. Pero ya era tarde para lamentarse, se había equivocado y lo iba a pagar caro. Muy caro.

# PARTE I

## Una nueva ilusión

## 1

El día de Lucía Agramunt iba a resultar de lo más interesante. Como todos los días en los que tenía que ir a trabajar, se levantó antes de que los primeros rayos de sol empezaran a iluminar las calles de la ciudad condal. Abrió el armario de puertas blancas que decoraba una de las paredes de su habitación y empezó a recorrer con su mirada las variadas prendas de ropa que colgaban de la barra mientras mentalmente iba valorando las diferentes posibilidades. A pesar de que siempre le llevaba mucho tiempo y se decía a sí misma que esa tarea debería hacerla antes de acostarse para ganarle algunos minutos al reloj por la mañana, era incapaz de instaurar ese hábito a su rutina diaria. Justo antes de salir de casa, y como era costumbre en ella, se paró por un instante delante del espejo de cuerpo entero situado en el pequeño recibidor de su antiguo piso, y echó un rápido vistazo a su aspecto. Al salir a la calle, un pequeño escalofrío le sacudió el cuerpo, la mañana se había levantado más fría de lo habitual para el mes del año en el que estaban, y sintió cómo la humedad caló rápidamente su ropa y sus huesos. Se subió hasta el cuello la cremallera de su chaqueta de cuero negro y tomó la calle de Torrent de l'Olla con paso ligero hacia el Starbucks que se encontraba en la parte alta del Paseo de Gracia.

Nada más llegar a la cafetería, inspiró profundamente el olor a café recién molido que tanto le gustaba y se dirigió al mostrador, donde Sebastián, el camarero que la atendía todas las mañanas, le preguntó con ese acento argentino que tanto le caracterizaba <<¿lo de siempre?>> una amable sonrisa y un gesto de asentimiento fueron suficientes para confirmarle el pedido al joven empleado. <<Aquí tenés, un late con leche de soja y muffin integral de arándanos>>. Lucía le dio amablemente las gracias y se sentó en uno de los desgastados pero confortables orejeros situados

junto al gran ventanal del establecimiento, que le permitía contemplar una pequeña parte del largo paseo, iluminado a esas tempranas horas con la anaranjada luz que desprendían los viejos farolillos negros, dispuestos en fila como firmes y fieles soldados, hasta alcanzar la famosa plaza Cataluña. Era uno de sus momentos preferidos del día. Un gran estruendo provocado por la caída de una pesada caja metálica devolvió a Lucía al momento presente mientras los pensamientos hueros en los que se había quedado absorta hasta hacía unos momentos se desvanecieron rápidamente. Miró la hora y sin darse cuenta murmuró un <<¡mierda!>> lo suficientemente alto como para que el ejecutivo gordinflón de mostacho canoso y poblado, que estaba sentado en la mesa contigua ojeando La Vanguardia, levantara la mirada por encima de las páginas del noticiero y carraspeara duramente su garganta. Lucía se precipitó en coger sus cosas y salió apresuradamente hacia la parada de metro de Diagonal, que se encontraba justo delante del establecimiento.

Veinte minutos más tarde, mientras dejaba cuidadosamente su bolso encima de la mesa de trabajo y ponía en marcha el ordenador, la voz autoritaria de Javier Azcón, el director del departamento financiero de la multinacional para la que trabajaba, le refirió fríamente desde la puerta <<Señorita Agramunt, antes de marcharse esta tarde páse-se por mi oficina. Tenemos que hablar. Es urgente.>> Y antes de que a ella le diera tiempo a volverse, Javier desapareció por el pasillo dejando detrás de sí el rastro de su cara y penetrante colonia italiana. Lucía cerró los ojos y dejó salir con una fuerte exhalación el aire de sus pulmones; conocía al detalle la dinámica que la empresa había estado siguiendo en los últimos meses y aquello, sin duda, no presagiaba nada bueno.

—Buenos días, ¿se puede saber a qué viene esa cara muchacha? —preguntó Marta cuando entró en el despacho

con una taza de café humeante entre las manos y observó el rostro preocupado de su compañera.

Lucía se puso rápidamente un dedo en los labios para advertirle que bajara el tono de voz.

—Acaba de venir el señor Azcón y me ha dicho que quiere verme esta tarde —susurró.

—¿El director? —preguntó sorprendida—. ¿No te ha dicho de qué quería hablar?

—No, pero te lo puedes imaginar —se dejó caer sobre la silla.

—¿Crees que te van a despedir? Joder, me niego en rotundo —protestó indignada.—Shhh... no lo sé, pero ¿para qué si no quiere que me pase por su despacho? —siguió hablando con un hilo de voz—. En los cinco años que llevo en la empresa no me he reunido con él ni una sola vez, ni siquiera cuando me entrevistaron para el puesto de trabajo. Y que hoy a bote pronto me diga sin más que quiere verme con tanta prisa... suena algo preocupante, ¿no crees?

—No adelantemos los acontecimientos, ¿de acuerdo? Posiblemente hay otro asunto que quiera tratar contigo.

—Si tú lo dices, pero ya sabes lo que ha ocurrido en los últimos meses —las palabras de Lucía estaban cargadas de gran desánimo. En estos momentos no podía permitirse quedarse sin trabajo.

Las dos compañeras se miraron durante unos segundos y sin nada más que decirse retomaron en silencio sus respectivos quehaceres. Sin embargo, a pesar de los esfuerzos por mantener la concentración durante el resto del día y realizar con la mayor eficacia posible sus tareas cotidianas, la preocupación la mantuvo ausente toda la jornada. A falta de una hora para recoger, el teléfono empezó a sonar; la llamada provenía del despacho de Javier. La suerte estaba echada.

Hacía mucho tiempo que no recordaba sentirse tan nerviosa. De pie, enfrente del despacho de su jefe notaba cómo las piernas le flaqueaban y las manos le sudaban ligeramente. Como no había manera posible de demorar esa conversación, tomó aire lentamente hasta llenar al máximo sus pulmones, se pasó las manos por su larga melena mientras dejaba ir una sonora exhalación y dio tres suaves golpes en la maciza puerta de roble.

—Adelante—contestó una voz firme desde el otro lado de la puerta.

—¿Quería verme, señor? —preguntó tímidamente.

—Sí, entre y siéntese, por favor.

Con paso firme para ayudarse a no perder la compostura se encaminó hacia una de las sillas vacías que estaban dispuestas frente a la mesa de la amplia y elegante oficina. Mientras caminaba decidida, Javier no pudo evitar quedarse embelesado por un momento contemplándola; de hecho, Lucía solía provocar ese efecto en los hombres. Sus grandes ojos verdes en un rostro aniñado y su larga melena de color miel, que le caía con soltura sobre los hombros, le conferían una gran belleza. Al darse cuenta de su embobamiento, Javier emitió un sonoro carraspeo para aclararse la voz y se removió en su gran butacón.

—Señorita Agramunt, como ya sabrá, en los últimos meses se han producido ciertos ajustes y cambios en la compañía con el objetivo de reorganizar varios departamentos que no acaban de funcionar del todo bien —empezó diciéndole mientras colocaba sus manos entrelazadas bajo la barbilla—. Todos estos cambios han venido impuestos desde la sede central de Madrid y hemos tenido que acatar sus órdenes sin apenas posibilidad de negociación.

—Lo entiendo señor —le respondió, mientras el corazón le latía a tal velocidad que parecía que se le iba a desbocar del pecho. Lo sabía, sus días en aquella empresa estaban contados.

—Entre estos cambios se encuentra la asignación de mi nuevo cargo. Todavía no se ha hecho oficial, pero dentro de dos semanas dejaré de ser el director de la sucursal de Barcelona para ser el subdirector de la compañía a nivel nacional. Como comprenderá, mi nivel de trabajo va a aumentar considerablemente, por lo que voy a precisar algo más de ayuda. Aparte de la señora Rodríguez, que seguirá ejerciendo la labor que desempeña actualmente, necesito a otra persona que trabaje más directamente conmigo, alguien que me organice la agenda laboral y los viajes, que me acompañe a las reuniones, redacte las actas, elabore los presupuestos y las facturas, y sea mi vínculo más directo con nuestros clientes y proveedores —le explicó—. Desde recursos humanos —siguió sin quitarle la mirada de encima y recostándose sobre su butaca liberando su espalda de la marcada rigidez— han estado evaluando los currículums de diferentes empleados para promocionar a alguien que lleve tiempo trabajando en la empresa y, entre ellos, el suyo cumple con los requisitos que precisa este nuevo puesto.

—¿El mío? —respondió sorprendida.

—Si no hemos leído mal, es usted diplomada en secretariado de alta dirección, ¿correcto?

—Sí, sí —aseguró—, me gradué hace seis años, señor.

—La verdad, desconocía esta información hasta hace muy poco —dijo secamente—. En resumidas cuentas, la he hecho venir para ofrecerle la posibilidad de ocupar esta vacante que vamos a ofertar. Como ya sabrá, soy un hombre muy perfeccionista que no tolera los errores y necesito a alguien en quien poder confiar. En el tiempo que lleva trabajando con nosotros ha mostrado ser competente y resoluta, y considero que podría ser una buena candidata. Evidentemente, sus condiciones salariales se ajustarían a su nuevo cargo, en el caso de que aceptase, por supuesto.

La expresión de Lucía era de total asombro y antes de que pudiera pronunciar una palabra, Javier prosiguió:

—Antes de que me dé una respuesta —levantó la mano indicándole que todavía no había terminado de hablar—, quiero que se lo piense bien. Como le acabo de decir, soy un hombre muy exigente y quiero poder confiar en la gente de mi equipo. En principio su horario seguirá siendo el mismo, pero si algún día necesito que se quede más tiempo, tengo que saber que podré contar con usted. Además, quizás también deba acompañarme en algún viaje ¿tendría disponibilidad para viajar?

—No tendría ningún inconveniente, señor.

—¡Muy bien! —exclamó el hombre mientras daba un golpe seco sobre la mesa—. Pues dicho esto, tiene esta semana para darme una respuesta. En el caso de que acepte, tendríamos que empezar a tramitar el nuevo contrato laboral. Si por el contrario prefiere seguir con su trabajo actual, avíseme lo antes posible para entrevistar a otro candidato, ¿de acuerdo?

—Así lo haré señor —respondió sin poder ocultar una leve sonrisa de entusiasmo. Sabía que no había nada que pensarse, se le acababa de presentar una gran oportunidad y no iba a dejarla escapar.

## 2

Ya de vuelta en su despacho, Gabriel se aflojó el nudo de la corbata, se desabrochó el primer botón de la camisa y se dejó caer en la silla con todo su peso. Aunque le encantaba impartir clases y relacionarse con los alumnos de la facultad, a veces le resultaba una tarea agotadora, sobre todo en aquellas ocasiones en las que tenía que explicar una y otra vez algún concepto que se resistía a ser entendido por sus fieles oyentes. Aunque acabar de profesor en la universidad fue totalmente una casualidad, tenía que reconocer que le encantaba subirse a la tarima y deleitarse en sus exposiciones, y nada que decir, al saberse el orgullo de la familia.

Gabriel pasó los primeros doce años de su vida en Baquedano, un pueblo navarro muy pequeño ubicado en el municipio de la Améscoa baja. Sus estrechas e inclinadas calles, circundadas por enormes caseríos blancos de piedra maciza con grandes balconadas de hierro forjado, adornadas con delicados geranios rojos, conferían al pueblo un aspecto de lo más hermoso que armonizaba con la belleza del valle en el que se asentaban sus cimientos. En el centro del pueblo había un pequeño parque con algunos columpios, donde los pocos niños que habitaban la aldea daban rienda suelta a su imaginación y correteaban liberando la inagotable energía de sus pequeños y frágiles cuerpos, y una gran pista de frontón de elevados muros verdes, en la que los vecinos más veteranos se movían incansables de un lado para otro, jugando a la tradicional pelota vasca. Al lado de la plaza central se encontraba una vieja fuente y un abrevadero, que antiguamente se utilizaba para que los animales saciaran su sed después de trabajar los campos. Pegado a este se erguía un lavadero cubierto con un hermoso techo de madera de pino y provisto de gruesos muros, que fueron construidos con piedras que los propios al-

deanos trajeron a peso de una cantera natural localizada en las profundidades del valle. Hasta no hacía muchos años las mujeres del pueblo lo habían utilizado como lugar de tertulia y chismorreos mientras lavaban las ropas de sus familias, pero ahora, debido al avance de la tecnología, esa tradición ya se había perdido. En la parte baja del pueblo destacaba la parroquia de estilo gótico de San Juan Bautista, que se erigió hacía más de quinientos años y que contaba con una única nave y una torre con un reloj de sol y un campanario. Pero lo que sin duda alguna hacía que Baquedano fuera uno de los enclaves más espectaculares de Navarra es que acogía el nacimiento del río Urederra, cuyo nombre podía traducirse como 'agua hermosa'. Desde el mismo pueblo partía un sendero de tierra en cuyo inicio marcado con una baliza había una pequeña explanada con desgastados bancos de madera y un gran sauce llorón, cuyas ramas caídas proporcionaban una agradable sombra en los meses de mucho calor. A medida que te adentrabas en el sendero, el espeso follaje de los innumerables y variados árboles cubrían la extensa pista forestal que bordeaba el curso del río en sentido contrario, hasta llegar a un vertiginoso cortado localizado en un reborde del macizo Kárstico de Urbasa y del que emanaba la primera salida de agua entre las agrietadas y milenarias rocas. A lo largo de los casi seis kilómetros del recorrido, ningún caminante podía quedar impasible ante las bellas cascadas y pozas de aguas turquesas que se formaban a cada pocos metros, y a las espectaculares formaciones geológicas que conformaban el paisaje. Era un regalo de la naturaleza para todos los sentidos humanos, donde la vista podía reconfortarse en el claro y brillante azul del agua, el olfato se veía premiado por el dulce olor a resina mezclado con el perfume de flores y hierbas aromáticas de montaña, la piel se erizaba con los tibios lametazos de un suave viento que con timidez aparecía en los claros del bosque, y el gusto quedaba saciado con algunos de los frutos que bendecían esa tierra, funda-